



CÓMO HA CAMBIADO SU INTERACCIÓN:

LA RELACIÓN madre e hija EN LA ERA DEL exitismo

En una sociedad marcada por el culto al exitismo, la belleza, la juventud, y los nuevos roles de la mujer, la relación mamá-hija entra en conflicto cuando la madre no muestra suficiente madurez. Investigamos cómo es este vínculo y cómo generar una relación saludable.

Por **KARIM GÁLVEZ** y **LORETO PASSALACQUA**. Fotos: **SERGIO LÓPEZ**.

Pía Puebla tiene 50 años, es buenamoza y una de las cuatro socia de Inquest, una consultora en recursos humanos y búsqueda de ejecutivos, y madre de dos adolescentes. Pía siempre ha trabajado. Su abuela alemana, que nació en 1901, estudió y trabajó, “fue una mujer inusual para la época”. Y su madre, una intelectual, a los 80 años aún se mantiene activa en el mundo laboral. Pía creció escuchando “las mujeres deben ser profesionales”. Es lo que ha transmitido a sus dos hijas adolescentes, Magdalena, de 18, y Camila, de 16.

—Uno repite los patrones de las mamás y aprende de la vida y de lo que ellas vivieron. Uno es un espejo para las hijas.

De niña vivía en el norte, con bastante confianza con sus padres, pero menos permisos.

—Hoy existen más espacios de apertura e independencia. Uno no puede pensar tener a los niños siempre en la casa o que estén todo el tiempo contigo. Mi hija ya está pensando en vivir en el extranjero, en desarrollar una vida con más horizontes que los que uno tenía. Es diferente a cuando yo tenía 18 años.

El tránsito de la infancia a la adolescencia de sus hijas no ha sido del todo fácil para Pía. Magdalena y Camila ya no siempre aceptan los panoramas de sus padres; ahora ellas tienen sus propios planes y espacios individuales.

—Eso cuesta como mamá, tengo que ser sincera. Ha sido difícil darme cuenta de que tengo que soltar. Uno

siempre está queriendo protegerlas. A veces les digo a mis hijas: “No tienen permiso para seguir creciendo”, y ellas se ríen. Pero hay que aprender a confiar en lo que les hemos enseñado —dice Pía.

Los sentimientos de Pía Puebla representan a muchas madres del siglo 21. Madres profesionales, trabajadoras, que desean lo mejor para sus hijas, que experimentan, con algunos matices, la relación arquetípica de la psicología: la de la madre y la hija.

Carl Jung, el estudioso de los sueños que investigó los mitos a nivel filosófico y antropológico, aparece en los filmes, con “Un método peligroso”. El creador de la “psicología analítica” en las primeras décadas del 1900 desentrañó cómo el arquetipo de la madre y de la hija se repite en las diferentes culturas, religiones y épocas. Ahí está el mito de Deméter y de Perséfone, donde la primera es la madre tierra y la segunda, su hija bien amada. Cuando la madre tierra se deprime o daña, todo se muere. O visto desde la representación simbólica, en que la madre es quien nutre, sostiene, entrega y contiene. Pero también puede ser una madre abandonadora, que descuida.

El mito madre-hija está más vivo que nunca, dicen los psicólogos jungianos, los psicoterapeutas, los académicos universitarios. Sólo que hoy lo marca el exitismo, el culto a la belleza, a la juventud, a la sobreexigencia.

—Tarde o temprano, sea que uno trabaje con adolescentes, con jóvenes o con adultos, la relación con la madre siempre aparece, para bien o para mal.

Pía Puebla junto a sus hijas Magdalena y Camila.



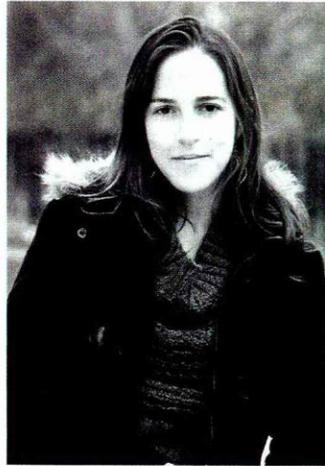
Carolina Narea

"Existe la santificación de la maternidad, pero la realidad no es así".



María Inés Díez

"Hay un cambio generacional relacionado con el culto a la belleza".



Francisca Dintrans

"Es normal que las hijas quieran probar otras formas de ser".



Ana María Daskal

"Si la madre se desarrolla, será un buen ejemplo para la hija".

Lo dice Carolina Narea, una psicóloga clínica que desde hace 12 años realiza talleres para mujeres. Hay elementos centrales que no han mutado, explica: el vínculo madre-hija implica trascendencia generacional, la transmisión de conocimientos y desarrollo de lo femenino.

—Antes, las madres estaban más presentes en la casa; hoy ejercen otros roles, pero la dinámica no ha cambiado tanto. Siempre en la base hay un poco de envidia, por muy sana que sea la madre. Mientras más crece mi hija, más envejezco yo. Cómo lo maneje la madre estará relacionado con su madurez. Puede alegrarse y ser capaz de decir: "Así tiene que ser", o ser inmadura e intentar igualarse a la hija, maltratarla o pelearse.

En nuestra sociedad, dice Carolina Narea, existe el mandato de la "santificación de la maternidad", aquel que supone que "las madres hacen todo por sus hijos", pero la realidad no siempre es tan bondadosa: la rabia, la frustración, la decepción de una respecto a la otra es parte del vínculo.

—Lo insano no es que esté, sino cómo lo afronto.

Hace unos años apareció el libro "Permiso para quererme, reflexiones sobre la autoestima femenina" —que hoy se está reeditando y en el que se dedica un capítulo especial a la relación entre madre e hija—. Allí plantean un punto central cuando se expresa que "como la relación madre e hija constituye una matriz sobre la cual se van construyendo la identidad individual y la autovaloración, existe tanto la posibilidad de que el vínculo sirva para acumular reproches y malos tratos mutuos, como para que una y otra se ayuden a crecer y estar un poco más satisfechas consigo mismas". Lo escribió la psicóloga argentina Ana María Daskal, quien vive entre Buenos Aires y Santiago, donde además de psicoterapeuta

oficia como profesora del Magíster de Psicología Clínica de la Universidad Católica del Norte. Ana María piensa que el desafío actual de madres e hijas es crear nuevas formas de relacionarse. Las dinámicas hoy tienen parecidos y diferencias con el pasado.

—El parecido tiene que ver con que siempre para una mujer, su madre es el primer modelo de identidad femenina. Esto ha sucedido en los últimos 200 años, desde que las madres se convirtieron en las criadoras por excelencia, y en la medida que pasan a tener una importancia central en la crianza, adquieren mucho poder; las hijas se ven envueltas en una dinámica de sometimiento a su figura, mezcla de obediencia, lealtad y solidaridad de género.

Las madres tienen una importancia central en la crianza. Entonces, las hijas se ven envueltas en una dinámica que mezcla obediencia y lealtad.

Las diferencias ocurren porque hoy las hijas crecen más autoafirmadas y se rebelan a tanto poder de las madres. También sucede que en la medida que las madres tienen otras fuentes de satisfacción, depositan menos expectativas en las hijas, ya que se hacen cargo de sus propios deseos. Esto de alguna manera marca una rivalidad.

—No hay que asustarse ni ponerle un signo negativo a esos sentimientos. No ca-

racterizan a la relación eternamente, y también se dan en la relación padre-hijo; lo que pasa es que las mujeres somos más expresivas emocionalmente. Puede haber momentos en que madre-hija compitan, rivalicen. Esto puede hacer crecer la relación si es algo que se habla, se comenta o incluso se toma como en chiste —dice la psicóloga.

Es inevitable que hoy exista una disputa de terreno entre ambas, dice Ana María Daskal.

—Si la mujer se desarrolla efectivamente, hace cosas con su vida, por un lado es un muy buen ejemplo para la hija, pero por otro lado no se la hace fácil. No le deja el camino tan sencillito.

Hoy las mujeres estudian, trabajan, buscan tener poder y verse lindas. La belleza es una de las áreas más evidentes, con la era del bótox y las cirugías plásticas.

—El cuerpo no es un envase vacío, sino un reservorio de emociones y afectos.

En la medida que las intervenciones están hechas por la apariencia y no responden a una causa más profunda, la hija puede sentir que la madre lo único que quiere es ser joven como ella; negar el paso del tiempo. Ahora, si la señora se pone bótox porque le gusta verse bien, y es una sensación interna, lo va a demostrar así ante la hija.

A la consulta de la doctora Teresa de la Cerda, presidenta de la Sociedad Chilena de Cirugía Plástica, Reconstructiva y Estética, las madres y las hijas llegan juntas. Una de 50 años y otra de 30. Ella lo ve como una suerte de complicidad. "A mí me parece que es como compartir un secreto de belleza, se cuentan el secreto de que 'no tengo arrugas porque me pongo bótox. Creo que las abuelas estamos pasando por la mejor época de la vida. Antes a uno la miraban con cara de vieja inmediatamente. Hoy existen todos esos truquillos para verse mejor".

A la psicóloga María Inés Diez, directora del Magíster de Adolescencia de la Universidad del Desarrollo, le sorprende cuando mira fotos de madres e hijas adolescentes de antes y de hoy. En el pasado, siguiendo la moda, las jóvenes se vestían a la usanza de las mujeres adultas. Las jovencitas usaban blusas cerradas y faldas a la altura de la rodilla. Las mamás modernas usan jeans pitillo y minifaldas.

—Hay un cambio generacional, que tiene que ver con el culto a la belleza. Como nunca existe un mercado gigante de operaciones, tratamiento, cremas, y todos apuntan hacia la juventud.

María Inés Diez, quien también habla desde su experiencia, con cuatro hijas mujeres, dice que el cambio generacional se puede vivir de manera sana —aceptando el paso del tiempo y alegrándose por todas las experiencias vividas—, o, al revés, reaccionando con envidia hacia las hijas.

—Hay mamás que dicen: “chuta, qué vieja que estoy, ella es la que tiene la juventud, y yo soy la que tengo las arrugas. ¿Y ahora, cómo lo hago?”. Y están las que lo aceptan. Cuando compiten con sus hijas, es complicado porque las adolescentes se pueden preguntar: “¿Dónde está el límite?”.

El peligro, dice, es que una madre que se siente en el mismo plano que su hija no necesariamente puede acoger las necesidades de la adolescente. Es como si las dos tuvieran las mismas necesidades. Esa es una madre poco nutritiva, poco contenedora.

—La hija siente más que rivalizan con ella, en vez de sentirse apoyada. Ahí hay una dificultad en los roles y en la complementariedad entre madre e hija. Esto puede terminar en que las hijas se sientan muy solas, disminuidas, con baja autoestima, porque la mamá tiene la ventaja, la edad, los recursos. La que siempre puede, la poderosa, con ingresos, aunque la hija tenga la juventud. La mamá encarna un patrón tan alto que la hija nunca podrá alcanzar.

Para la psicóloga y psicoterapeuta Carolina Narea, se puede generar miedo a crecer en las generaciones más jóvenes y mucha rabia cuando la mamá no responde a las expectativas que su hija ha depositado en ella.

—Ver a las generaciones más viejas desarrollándose permite que las jóvenes digan: “Sí, quiero crecer”; “también quiero ir hacia allá”. Pero si tengo una madre de esa edad peleándose con sus años, quizás no quiera llegar a eso. Se produce una tensión, porque las hijas no quieren seguir desarrollándose y se transforman en eternas púberes. Otras veces surge rabia porque sienten que las madres no son capaces de cumplir el rol. Hay mucha pena en esa pérdida, porque la

expectativa es que la madre cuide y proteja.

En ese contexto, y según la psicóloga Carolina Narea, aparecerían dos modelos de madre que no se ajustan al rol que ha sido definido históricamente para ellas: la mamá abandonadora, que no protege y no cuida; y la mamá devoradora, que se vuelve dependiente de su hija, que demanda mucho de ella; madres infantiles que piensan “mi vida es lo que mi hija hace”; opinan de todo y la hija se transforma en una especie de extensión de sí mismas”.

—Si la niña tiene tres años puede ser, pero a los 20 o 30 años, seguir con ese comportamiento es insano. Muchas mamás se vuelven tan demandantes que ven como una traición que la hija desee independizarse. Manipulan con la culpa.

“En la adolescencia, la dinámica madre e hija se tensa, porque algunas mamás no pueden superar que sus hijas las critiquen”.

Madres superpoderosas

Francisca Dintrans es psicóloga de la Unidad Infanto-juvenil de la Clínica de Atención Psicológica (CAPs) del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile. Allí reciben a muchas madres e hijas en las terapias. Dice que en la primera infancia, niñas y niños se muestran muy apegados a las reglas y a las expectativas que tienen los papás. En la adolescencia, la dinámica se tensa mucho porque algunas mamás no pueden superar que sus hijas las critiquen, no quieran parecerse a ellas o se nieguen a actuar como ellas lo harían.

—Es normal que quieran probar otras formas de ser, para luego, con ese abanico de posibilidades, crear su propia identidad. Eso es doloroso para ciertas mamás.

El tema de género también es importante. Francisca Dintrans explica que la niña establece un vínculo más cercano con la figura materna, que es una figura a la cual debería parecerse. En la mamá está todo el patrón de cómo ser mujer, que trae consigo la familia y la propia mamá.

La mamá es el primer modelo de identidad femenina para la hija, aunque nota que hoy la sobreexigencia en el rol de la mujer está pesando como modelo de transmisión.

—La sociedad exige mucho a las mujeres y para todos hay un estereotipo del exitismo. Así como se espera más de la mujer-madre, también se espera más de la mujer-hija, lo que puede generar frustración.

Aparecen las “mujeres súper poderosas”, que viven corriendo y haciendo malabares entre la casa, el trabajo, la pareja, los hijos y sus propios intereses. La psicóloga Carolina Narea ha notado que algunas adolescentes ven el futuro con cierto temor, porque observan que sus mamás están sobrepasadas por todo lo que tienen que hacer. Incluso, algunas llegan a decirles a sus madres: “No quiero ser como tú. Qué bueno que te sale todo bien, pero no te veo contenta”.

Para la psicóloga argentina Ana María Daskal, “el yo no quiero como tú” es inevitable en la adolescencia de las hijas.

—Hace cien años las hijas también decían: “Yo no quiero ser como mi mamá”. Siempre ser modelo significa que las hijas, por un lado, toman cosas de uno, y al mismo tiempo, necesitan tener cosas diferentes y diferenciarse. Pero también es cierto que los cambios generacionales o de época, van provocando una revisión valórica. Me parece importante que la madre también pueda transmitir los pros y los costos de la vida que ellas desarrollan, pero no cargando las tintas sobre los costos.

La clave para que ambas tengan espacios de desarrollo es aprender a confiar la una en la otra y hablar sobre lo que cada una siente respecto al vínculo.

—Mamá e hija deben sentir que hay espacio para que las dos sean exitosas, lindas e inteligentes; para que las dos crezcan y se desarrollen —explica Daskal.

“Yo creo que es saludable, y aquí pongo más la responsabilidad en la madre —dice Francisca Dintrans— que acepte que su hija puede ser diferente de las expectativas que tenía. Que su hija no es igual a ella y no tiene por qué serlo; que en ese proceso exista aceptación y la joven no se sienta cuestionada”. La psicóloga cree que en una relación normal se espera que los padres pongan límites y éstos se negocien en la adolescencia, pero si una mamá estuvo ausente de la vida de su hija, puede que la joven ni siquiera esté dispuesta a llegar a un término medio.

La psicoterapeuta estadounidense, Julie Firman, en uno de sus escritos, dice:

—No creo que las respuestas sean fáciles o no sean dolorosas. Sin embargo puede ser enriquecedor y espiritual. Siempre hay tiempo para resolver los temas no conversados, decir las cosas que no se han querido decir, tiempo para la introspección y cambiar las cosas que no hemos trabajado. **ya**

